

En el Congreso de USA CACERÍA DE BRUJAS

Eduardo J. Ortiz

En este mismo número de SIC, James Sweeney hace referencia a una caza de brujas escenificada en el Subcomité contra la Subversión y el Terrorismo del Senado de los Estados Unidos, los días 18 y 19 de octubre de 1983.

En nuestra redacción tenemos fotocopia de las actas de la subcomisión en esos dos días. Su lectura no puede menos de alarmarnos. Alarma que un país tan tecnificado y brillante en numerosos aspectos, pueda fundamentar su política internacional en testimonios tan escasos, prejuiciados y contradictorios. Más aún alarma el que dichos testigos aparezcan como evidentemente "forjados" por la misma subcomisión para inocular a los asistentes—sobre todo representantes de los medios de comunicación— sus propias obsesiones. Extraña, en fin, que teniendo tantos medios económicos para sobornar, hayan tenido que conformarse con testimonios tan pobres procedentes de personas tan poco confiables. Los organizadores invitaron a las sesiones a la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos (católica) y al Consejo Nacional de Iglesias (protestante y ortodoxo). Ambos organismos se negaron a asistir, alegando que "no dignificarían con su presencia una caza de brujas".

Las audiencias estaban presididas por el Senador Jeremiah Denton, al que su tiempo de cautividad en Vietnam ha traumatizado, sin duda, de por vida.

El tema era el de Marxismo y Cristianismo en la Revolución Centroamericana.

Denton reconoce que "no soy un teólogo y estas audiencias no son sobre teología"; pero "estoy persuadido de que un cierto tipo de teología de la liberación puede inclinar hacia el sandinismo a grupos cristianos sinceros y bienintencionados que han estado trabajando para mejorar, la suerte de los pobres". Claro que en último término lo que le preocupa a la subcomisión es que "los sucesos que han ocurrido en Nicaragua tienen profundas implicaciones en los intereses y políticas de Estados Unidos hacia América Latina".

Lo mismo, y con más descaro, sería afirmado por el primer testigo de la exigua lista: el sacerdote Enrique

Rueda, exilado cubano, que trabaja para el Consejo de la Fundación Educativa de Seguridad Interamericana. "No existe ninguna duda de que la teología de la liberación es nada menos que un intento de subvertir no sólo los fundamentos religiosos de Occidente, sino incluso el mismo sistema político y económico que ofrece hoy la única posibilidad de un desarrollo verdadero para la humanidad".

Este testimonio, que aparecía en primer lugar por ser, a juicio del Senador Denton, "muy académico" comete errores de grueso calibre. A la mayoría de nuestros lectores esta salsa de nombres les puede resultar sanamente indigesta; pero las personas familiarizadas con la literatura teológica de este siglo vacilarán entre el estupor y la hilaridad al escuchar que "el origen de la teología de la liberación se encuentra en teólogos protestantes europeos tales como Karl Barth, Oscar Cullmann, Johannes Metz y Jürgen Moltmann", todos ellos, a mi juicio, excelentes teólogos pero que en ningún caso se identifican con la teología de la liberación. Unos porque murieron sin conocerla, y otros porque conociéndola se han distanciado de ella explícitamente por diversos motivos. Entre los precursores católicos se menciona, no menos gratuitamente, a Pierre Teilhard de Chardin. El único rasgo común a todos ellos es que en su tiempo y en su ambiente fueron considerados progresistas, lo cual para el denunciante parece ser algo muy grave.

Ya en nuestros días, dice Rueda, el telón de fondo de esta teología sería "la segunda y tercera Conferencia de los

Obispos Latinoamericanos (CELAM) celebradas en Medellín y Puebla". Los órganos editoriales de semejante conspiración estarían constituidos por Orbis Books (USA) y Sígueme (España).

El segundo testigo fue Edgar Macías, un demócrata cristiano Vice-ministro del Trabajo en los comienzos del Gobierno Sandinista. Su ponencia se centró en la "estrategia tercermundista" cuyo origen habría que buscarlo en Lenin. La fuerza corrosiva de este movimiento quedaría manifiesta en el hecho de que "incluso Su Excelencia Alfonso López Trujillo, Secretario General del CELAM, afirmó en 1975 en Mar del Plata que 'no se puede hablar de Dios si alguien está muriendo de hambre' y que 'los Estados Unidos y Canadá son ricos porque el pueblo de América Latina es pobre' ... Las conclusiones del Concilio Vaticano II demuestran también la influencia de la estrategia tercermundista. Lo mismo se puede ver en encíclicas papales tales como 'el desarrollo de los pueblos'".

El nivel calumnioso de esta declaración queda además evidente por la acusación que se hace a Ernesto Cardenal "quien en sus islas de Solentiname indocinaba a la juventud de las islas leyendo y analizando diariamente por las mañanas textos marxistas en vez de leer la Biblia". Quien conozca los dos volúmenes publicados por este autor sobre "El Evangelio en Solentiname", donde se recogen los comentarios de la comunidad en torno a diversos pasajes del evangelio, no puede menos de sentirse indignado ante esta acusación.

Pasó después su esposa, Geraldine O'Leary de Macías, antigua religiosa de Maryknoll, que confirmó los testimonios de su marido y cuestionó a sus antiguas compañeras y al método de alfabetización de Pablo Freire.

Acabó así el primer día.

Al día siguiente aparecieron dos nuevos testigos. El primero de ellos, Miguel Bolaños Hunter, era un desertor que había trabajado previamente en un organismo sandinista de seguridad. Entre otras inexactitudes afirmó—ante la sorpresa y el regocijo del Senador Denton que recaló el detalle para que quedara bien fijo en los asistentes— haber visto a Maura Clark, una de las religiosas



asesinadas en El Salvador, cuando en Managua, se dedicaba durante la guerra contra Somoza a transportar armas y esconder guerrilleros. Días más tarde Bolaños tuvo que desdecirse públicamente cuando se le demostró que esta religiosa había estado desde 1976 a 1980, y por lo tanto en el tiempo del levantamiento sandinista, fuera no sólo de Nicaragua sino también de Centroamérica.

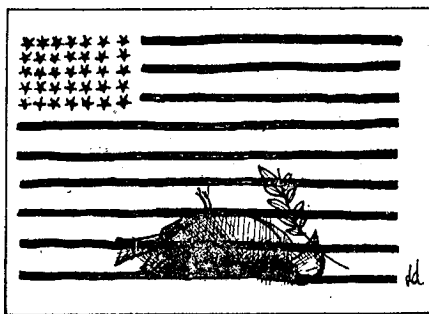
Cerró por fin la lista Luis Pellecer, secuestrado hace más de dos años en Guatemala, y que después de varios meses de estar desaparecido fue presentado en diversas ruedas de prensa por el gobierno de su país, sin que por otra parte haya sido nunca puesto en libertad (ver SIC No. 438, pp. 381-382). Este testimonio de una persona físicamente violentada y psicológicamente destruida, que no tendría validez en ningún tribunal civilizado, fue el colofón de esta mascarada.

Allí Pellecer afirma que "cuando yo trabajaba como sacerdote jesuita utilizaba, bajo las órdenes de mis superiores, la ideología marxista-leninista para influenciar a los pobres a fin de que tomaran la vía de la revolución violenta". Entre las asociaciones acusadas de financiar a la teología de la liberación se menciona a Adveniat, alemana, cuando se sabe que hace unos años esa organización fue acusada en diversos frentes precisamente por lo contrario (ver SIC No. 403, pp. 142-144).

Quienes hemos conocido personalmente a Pellecer no podemos menos de estremecernos ante la capacidad moderna de aniquilar las conciencias, al oírle pedir un derecho de palabra antes de terminar su testimonio, para decir: "Quiero agradecer a todos los miembros de este subcomité, y al pueblo americano en general, por su interés en conservar a este gran país y en proyectar esa grandeza a toda la humanidad. Y como parte de este aprecio y lealtad hacia este sistema y el pueblo que lo defiende, creo que es mi deber venir aquí y advertir de los peligros que tenemos delante. Porque yo quiero que este sistema continúe. No quiero que llegue un día en que este sistema de abundancia sea sustituido por otro que traiga más miseria para el pueblo".

Así terminaba, con la peroración que exige todo buen ejercicio retórico, ese "show" ante la prensa.

Semejante representación no causaría alarma si, como he indicado al principio, no fuera la información ofi-



cial que el Congreso de Estados Unidos tiene sobre los sucesos centroamericanos y la implicación cristiana en ellos.

Respecto a la totalidad del procedimiento podemos resaltar cuatro hechos que de alguna manera ya están indicados en lo que antecede:

— Instituciones tan respetables a nivel nacional e internacional como la Conferencia Episcopal y el Consejo Nacional de Iglesias desautorizaron las audiencias. El Congreso USA, en este caso, puso en entredicho ante la con-



ciencia moral de los norteamericanos su propio prestigio.

— No vamos a insistir en la falta de credibilidad de los testigos.

— Lo que se está atacando en este tipo de juicios es nada más y nada menos que toda la renovación de la Iglesia católica en los últimos años. En estos testimonios resultan condenados acontecimientos tales como el Concilio Vaticano II, las Conferencias Episcopales Latinoamericanas y las enseñanzas en materia social de los últimos Papas.

— No se equivocan los testigos en percibir en la teología de la liberación una aplicación de estos principios generales a la situación concreta de América Latina. Ni yerran al percibir que el evangelio pone en cuestión los sistemas económicos y políticos que causan la opresión de las mayorías. Quizás tampoco están del todo errados en su estrategia. Conscientes de que no pueden enfrentarse a toda la iglesia, tratan de diferenciar y separar un sector dentro de ella, para ahogar en disputas internas los recientes gérmenes de renovación del cristianismo. Sin embargo, como hemos visto, en su mismo intento de poner en contradicción ambas corrientes, acaban resaltando su filiación común.

Por eso preocupa todavía más que la descripción de la teología de la liberación y de los grupos etiquetados como "iglesia popular" hecha en repetidas ocasiones por personeros significativos dentro de la iglesia venezolana y de la iglesia universal coincidan tan de cerca con los estereotipos recitados ante el subcomité.

Si en otro artículo de esta misma revista se leen las intervenciones de algunos sectores dentro del mismo Sínodo de los Obispos, se descubrirá más de una chocante coincidencia tanto con este subcomité como con "la nueva política interamericana para los años ochenta" mencionada, y parcialmente citada, en el artículo de James Sweneey.

No es que se piense que ellos actuaron bajo sus directrices, pero no se puede menos de sospechar que lo hicieron bajo su regocijado beneplácito.

Y cualquier cristiano medianamente bienintencionado debería estar muy preocupado al descubrir que su interpretación del evangelio coincide con la de los órganos más represivos —repetidamente indiferentes ante el asesinato y la calumnia— de la ya de por sí muy represiva Administración del Presidente Ronald Reagan.